

DENTRO DE SEIS AÑOS O ANTES, (43)

HEMOS DE SER TOLERANTES.

Si los papeles insulsos, fanáticos y rontos solo circularan entre los liberales y sensatos, poco ó ningun cuidado debería causar su lectura, pues que al hombre instruido no pueden contaminarlo los disparates, ni hablados, ni escritos ni impresos; pero por desgracia esta clase de folletos, por su poco valor anda en todas manos, y sus autores con sus sofismas y trapacerías logran sorprender é infundir sus errores á los incautos y sencillos.

Todavía no para aquí el mal. Estos papeles vuelan de mano en mano, á las potencias extranjeras y comprometen altamente el honor nacional, pues los que no saben lo que és México, y leen una paparrucha de estas, creera que todos los americanos somos un hato de bestias y fanáticos

A esta clase de papeles corresponde el que abortaron las prensas del ciudadano regidor Alejandro Valdés, (1) el sábado 1.^o de este mes, con el siguiente titulo: *¡Atencion! Que los apostatas quieren variar nuestra religion.*

No trato de impugnar esta beila y cristianísima produccion, ni menos de convencer al autor de sus errores, por que és mas facil resucitar á un muerto que reducir á un fanático á la razon. Solo trataré de darle una ligera sacudida por que no quede enteramente ajado el honor nacional, sino que los señores extranjeros que viven con nosotros, y los que habitan sus provincias, sepan y entiendan que no son los americanos todos unos, que en el corto periodo de

(1) *No sé por que fatalidad han escojido los fanáticos la casa de este buen señor, para malparir sus diabluras. Que ¿hallarán en esta imprenta mas abrigo?*

cinco años que contamos de libertad, ha hecho la ilustracion progresos admirables, y que si de cuando en cuando sale un loco caballeresco como D. Quijote, hablando mil diabluras, so pretexto de defender la sagrada fermosura de la religion, no falta otro loco que como Cardenio, le dé de mojicones y lo haga enmudecer como un puto.

Desde el título empieza à errarla el pobre hombre. ¡Atencion! dice con mucho garvo. Pensé que iba á mandar el ejercicio á la antigua, pero me tranquilisé cuando advertí que implora la atencion del respectable público de México, para decirle: *que los apóstatas quieren variar nuestra religion.* Azórome al leer semejante noticia: trato de saber quietes son esos apóstatas, y de que modo quieren variar nuestra santa religion: saco de mi despavorida bolsa el unico realillo que tenia..... ¡pobre real! mejor se hubiera empleado en *trique traques* (2), estos me hubieran divertido mas que la lectura de un papel, cuyo autor nada de lo que habla entiende, y esto se lo voy á hacer ver en dos por tres.

El empeño del autor és oponerse á la tolerancia pública de cultos, aunque él no se esplica con esta concision y claridad; pero no sabe que esta tolerancia ni varia, ni puede variar las religiones dominantes de los estados. De que yo tolere en mi casa á un jugador ó á un borracho, no se sigue que à fuerza me he de volver yo borracho ó jugador. Esto es muy trivial, cualquiera lo entiende. De consiguiente de que seamos tolerantes de las otras religiones, no se sigue que variemos la nuestra, ni menos que el que nos inspire la tolerancia. nos induzca al judaismo, protestantismo, politeismo, ó mahometismo. Con que quedamos en que desde el título comienza el autor hablando disparates. Echa en cara al editor de la ga-

(2) *Unas mechitas de algodón con polvora, envueltas en papelititos, con los que se divierten los muchachos*

estas: "que se cubre con la salvaguardia de que está muy distante de conformar su opinion con la del señor Blanco Withe..... porque es protestante." El reproche está muy bien hecho: el editor de la gaceta mostró mucha debilidad con semejante salvaguardia. Yo soy un poco mas valiente y digo: que si la opinion de Blanco es en favor de la tolerancia religiosa, me conformo con ella, mas que sea protestante, mas que sea moro, mas que sea el diablo, por que siendo esta opinion de Jesucristo, es justo seguirla, repitala quien la repitiere. Probáremos que esta es la opinion de Jesucristo.

Los samaritanos eran respecto de los judios, unos cismaticos escomulgados, lo mismo que lo son entre los cristianos fanáticos, los ingleses, los moros, judios y cuantos no profesan su religion. Aborrecian los judios de muerte á los samaritanos; pero Jesucristo, judio de nacion, sujeto en cuanto hombre á la ley de Moysés, y que vino á enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo, se sienta en el brocal de un pozo y allí traba una familiar conversacion con una jóven samaritana: los apóstoles se escandalizan, pidenle á Jesucristo que haga llover fuego sobre Samaria, que acabe con todos sus habitantes..... ¡O zelo santo de la religion del Dios de la paz! El Divino legislador los despide con una reprension bastante áspera, y con su dulzura y mansedumbre, sin reprocharles sus ritos á los samaritanos, sin oponerse á sus preocupaciones religiosas, sino con su divina *tolerancia* consigue moralizar y atraer á la ley no solo á la jóven del pozo, sino á toda la ciudad de Samaria. Fanáticos ignorantes é hipócritas: ¿podréis desmentir estas verdades? ¿Jesucristo no os ha dado este ejemplo de caridad y tolerancia religiosa? ¿El mismo no mandó á los apóstoles que predicaran su evangelio en el mundo, sin llevar para esta santa diligencia, ni armas ni bolsas en que atesorar? Les mandó

dijo, que predicaran su evangelio sin armas y sin bol-
sas esto es: sin fuerza y sin codicia; y ¿acaso así se
ha verificado? ¿Las cruzadas, la inquisición, las con-
quistas y las misiones han sido otra cosa que una per-
fecta contraposición del evangelio? ¿Se afecta defen-
der la religion de Cristo, al tiempo que se infrinje
de medio á medio: se predica la mansedumbre del
Cordero, inspirando la voracidad de los lobos, la rapiña
del gavilán, y la sangrienta venganza de los tigres?

San Pablo mandó que la cristiana casada con
un gentil no lo abandonara por pretexto de religion, por
que tal vez su trato, su amistad y moralidad lo harian
cristiano. La Iglesia santa en sus primeros siglos, cria-
da entre los judios y los gentiles, fue tolerantísima,
como que necesitaba ser tolerada. Fue en efecto to-
lerante mientras que fue oprimida. Despues que lle-
gó á ser dominante, á merced de dos grandes ladro-
nes y asesinos, *Carlo Magno* y *Constantino*, á quie-
nes papas aduladores colocaron en el catálogo de los
santos, se atribuyó la esclusiva de que el que no era
cristiano, ni se sujetaba á los caprichos de Roma,
era maldito de Dios y de los hombres; y bajo tan
mal principio, los papas se erigieron en árbitros des-
póticos de las coronas de los reyes, porque daban
y quitaban reinos á su antojo. Aun en siglos mas
cercanos, el papa *Alejandro VI*, introducido á la
silla apostólica por simonía, nos vendió á la do-
minación española bajo una excomunion ridícula co-
mo las mas. ¿Como, pues, quiere el autor de ese
papel probar que la tolerancia es de esencia de la
religion católica, cuando puntualmente la intolerancia
es contra ella misma? Es pues, necesario en la Igle-
de Jesucristo el tolerantismo religioso. Espelúcense,
asústense, rechinen los dientes los fanaticos; pero no
hay remedio: la tolerancia religiosa es necesaria pa-
ra el sosten de la religion católica: de manera que
mientras mas intolerantes haya en el mundo, menos
cristianos ha de haber.

2801 Cuando la intolerancia romana, convida, de religion católica se hizo tan amable que destruyó el polyteísmo romano, engrosando cada día su número con millares de prosélitos de todas sectas y naciones; pero apenas la hicieron intolerable ó intolerante que todo es uno, sus funcionarios, patrocinados de reyes tiranos y supersticiosos, cuando se hizo generalmente odiosa. »Se profundizó la historia de la Iglesia, dice el abate Rainal, y se hallaron en ella los «titulos falsos de la corte romana. Sacudió su yugo una parte de la Europa: le hizo perder un fraile casi toda la Alemania; y casi el norte entero: un canónigo algunas provincias de Francia, y un rey, «á causa de una muger la Inglaterra toda. Si otros «principes conservaron con entereza la religion católica en sus dominios, dimanó quizá de que ella «era mas favorable á aquella obediencia ciega y pasiva que los tronos escigen de los pueblos, y que «la tiara propagó siempre en provecho suyo.»

La intolerancia religiosa no solamente rebajó á la corte de Roma una espantosa suma de dinero en los tributarios que se substrajeron de su dominacion, sino que empapó al mundo en sangre humana. Mas de cuarenta millones de hombres, por el cálculo mas bajo de la historia, han parecido á merced de la intolerancia religiosa. Aun humea la sangre de los infelices indios nuestros padres y hermanos, degollados por Pizarro y Cortés á nombre de nuestra santa religion. Las victimas que sacrificó la inquisicion son innumerables y el retardo de nuestra emancipacion con la sangre americana que se derramó con tanta profusion por espacio de doce años, no reconoce otro principio sino el espíritu de intolerancia, sostenido por el fanatismo mas cruel.

Conque si se hubieran de seguir las infernales máximas de los intolerantes, los hombres deberiamos abortecernos y matarnos en nombre de la religion

mas dulce y mas amable. No es esto lo que ella manda ni lo que Jesucristo quiere.

Por otra parte si Roma sigiera con sus antiguas pretensiones sobre los estados en lo civil, se haria del todo aborrecible y abjurarían su obediencia los reinos que hoy se lo prestan en lo espiritual. Bien conocen esta verdad los papas del dia. Por eso el señor Pio VII. no solamente fue tolerante, sino que celebró un concordato con un rey protestante y convino en la solemne inauguracion de la estatua de Martín Lutero.

La intolerancia es opuesta al evangelio, por cuanto inspira el aborrecimiento y aversion hacia los que pertenecen á otras comuniones; y es opuesta á la política porque nos hace odiosos con los mismos.

En una república es tan chocante el intolerantismo como lo fuera la misma inquisicion. El sistema republicano es el de la ilustracion, libertad y confraternidad con todo el mundo; y mal se pueden asegurar estas virtudes en un país donde á vista y paciencia de los estrangeros, se les llama en el folleto de *atencion*, *apóstatas*, se les injuria y amenaza con que *derramaremos hasta la última gota de sangre, primera que consentir el tolerantismo*. ¡Arrogante, moro, estás! dije al leer tamafia gasconada. ¿Qué sangre habian de derramar por esta causa? ni una gota de sudor tampoco; pero el fin es aparentar un celo terrible contra la tolerancia, al cabo que no se firma el autor, y asi que llegue el caso de que seamos tolerantes, con decir: *ya se fue quien lo dijo*, todo se compone.

Es pues, muy impolitica la intolerancia religiosa; y tanto que solo aquí y en la supersticiosa España se ve; pero en las demas partes del mundo no se conote. En Roma mismo hay tolerancia pública de cultos, lo propio que en las repúblicas americanas nuestras vecinas y hermanas.

¿Qué razon hay para que los ingleses nos permitan en su tierra el ejercicio público de nuestra re-

¿Y nosotros se lo neguemos en la nuestra? Si
nos toleren en todas partes ¿por qué
no toleramos nosotros? ¿Tienen los católicos romanos
alguna autoridad ó privilegios sobre los que no lo son?
Ademas: este miedo que tienen los fanáticos á
la tolerancia es la mejor prueba de que no tienen fe ni
mucho confianza de su religion, pues creen perderla
solo con ver el culto de los otras. ¡Famoso honor hacen
á la religion estos señores! Pero ¿como es que los pro-
testantes, ni los moros tienen igual miedo? Ellos permie-
ten á los cristianos el ejercicio de su culto sin el menor
recelo de que los trastornen de su creencia.

El que oiga ó lea á un intolerante de los nues-
tros, creará que somos unos apóstoles en la fé y unos
anacoretas en la conducta; pero el que viva entre noso-
tros verá que todo es hipocresia y nada mas. Las cos-
tumbres del bajo pueblo no pueden ser mas escandalosas
y relajadas. No se quedara un domingo sin misa un tepe-
ro por cuanto hay, pero despues de ella ó antes, no se en-
tretiene sino en las tabernas. Los innumerables y atroces
robos de estos dias prauban que hay entre estas gentes un
fondo bellísimo de religion.

Cuando se cita por los intolerantes el artículo ter-
cero de nuestra constitucion, debe tenerse presente que
esa ley fue dada con sabiduria por el soberano congreso
constituyente en consideracion al inmenso fanatismo que
habia; pero como este va perdiendo terreno diariamente,
es muy creible que en el año de 30 la ilustracion haya
hecho progresos admirables entre nosotros, y entonces las
legislaturas de los estados con arreglo al artículo 166 de
la constitucion representen al congreso general á favor
de la tolerancia religiosa y esta sabia asamblea la decre-
te. Yo á lo menos creo que *dentro de seis años ó antes he-
mos de ser tolerantes*. Digo ó antes porque tiendonos del
mayor interes el afianzar mas y mas la amistad de la
Gran Bretaña, no seria extraño que aquel soberano in-
terpusiera sus altos respetos con nuestro gobierno á fin de
que á sus subditos se les permitiese el ejercicio libre de sus
cultos, asi como S. M. lo permite á los católicos. Y en
tal caso, necesitando nosotros la sombra de esta podero-
sa nacion, deudores á ella de muchos millones de pesos,

agoviados de sus beneficios, no siendo el menos no haber querido ingóirse en la santa liga, y teniendo dentro de nuestro seno una multitud de ingleses, entre los que hay muchos capitalistas y propietarios de terrenos americanos, ¿Qué se hacía; accedería o no, la nación á una petición tan justa y natural; ó se espondría por fanáticas y malagradecidas á padecer una guerra desigual con una nación tan poderosa que no le teme á la Europa entera? Yo quiero que me respondan esta pregunta los intolerantes.

He dicho que tal petición sería *justa y natural*, por que es justo tributarle homenajes públicamente al Ser Supremo (esto se llama culto) y natural, por que lo es que cada nación rinda estos homenajes á su modo. Todo hombre adora á su criador segun que sus padres le enseñaron á adorarle. y que el Ser de los aeres, no recibirá benignamente todas las adoraciones de sus hijos? Si yo tubiera cinco criados cada u o en cinco jardines cuyas frutas fueran únicas y diferentes, y cada muchacho me obsequiara con la fruta de su jardín, de modo que uno me regalase una naranja, otro un durazno, este una granada, aquel una pera, y el último una tuna, tendría yo razon para agradecerles á todos sus obsequios, ó debería abrazar al que me daba la naranja, y matar á los que me regalaban las otras frutas? No seguramente! esta fuera una vileza é injusticia. Pues si tanta ingratitud y villanía no cabe en un hombre miserable, ¿como es que los intolerantes y fanáticos la hacen caber en todo un Dios?

Adorémos, señores; al Ser Supremo, segun la religion que profesamos, amémonos mutuamente como hermanos, toleremos á los demas hombres sus opiniones religiosas así como queremos que nos toleren las nuestras, y dejemos de pelear con ellos: porque nuestra Dulcinea es la dama mas hermosa del mundo.

Cada nación tiene su Dulcinea, que defiende á puño cerrado: esta es una quijoteria indigna de la ilustracion del siglo. La paz, la tolerancia y la caridad evangelica, es lo único que puede hacer felices á las sociedades. La intolerancia, el fanatismo, la supersticion y la hipocresia, son muy buenos satrapas para hacer odiosa la religion cristiana. — México octubre 13 de 1825.

El Pensador.

Oficina del finado Ontiveros. Año de 1825.